

## LIBROS

# VARIACIONES SOBRE LA DECADENCIA DE LA BURGUESÍA Y LA NOBLEZA

Con un estilo irónico y quirúrgico, en el que se escuchan ecos de Proust y Djuna Barnes, Pauline Dreyfus hace la autopsia de la aristocracia francesa en la Segunda Guerra Mundial.

JESÚS FERRERO

Pauline Dreyfus, *Son cosas que pasan*, Anagrama, Barcelona, 2017.

**A**cerca de la decadencia de las clases sociales uno no sabe qué pensar, y la dificultad de ubicar con cierta exactitud sus declives reside en el hecho de que la sociología y la historia se inclinan a ver las clases sociales como sistemas demasiado cerrados y endogámicos. Pero las clases sociales son estructuras fluidas y abiertas, siempre que las juzguemos con distancia y evitando todos los trucos de prestidigitación vinculados

a la demagogia. Si una familia plebeya pudiese analizar su genealogía como puede hacerlo todavía la aristocracia, percibiría muchos cambios de estado y de fortuna a lo largo de la historia: antepasados ricos, pobres, piadosos, impíos, místicos, asesinos, tocados por la gracia y por la desgracia, tocados por la fortuna y por la ruina; sin olvidar que dentro de un mismo clan (entendiendo por clan el conjunto de individuos con antepasados comunes y que llevan el mismo apellido) observaríamos a familias ricas y a familias que no llegan a fin de mes, como supo describir en diferentes novelas el gigantesco Balzac. Para apreciar mejor lo que quiero decir basta con recurrir a Thomas Mann y Marcel Proust. En su novela *Los Buddenbrook*, Thomas Mann sitúa la decadencia de la gran burguesía mercantil y manufacturera a mediados del siglo XIX, y la va prolongando hasta el período finisecular, sobre todo en los comentarios que hizo él mismo sobre su obra; en cambio Proust ubica en esa misma época la decadencia de la nobleza y la ascensión de la alta burguesía gracias a su fortuna y a sus lazos matrimoniales con la aristocracia.

Siempre he creído que Mann adelanta demasiado la decadencia de la burguesía y que Proust es mucho más certero en el dibujo de un mapa siempre en movimiento y de naturaleza mucho más paradójica de lo que pensaba Mann. En el caso de Mann hay una explicación: confundió la decadencia de su propia familia burguesa con el declive de toda la burguesía, ignorando que se trata de una clase que volvió a regenerarse al final del siglo XIX y la explosión de exposiciones universales, que se regeneró de nuevo en la época de entreguerras, y que volvió a resucitar una vez más tras la Segunda Guerra Mundial, siempre nutriéndose con nuevos miembros que sabían pescar muy bien en ríos revueltos y que insuflaban sangre nueva a la vieja burguesía. Es común decir que la pobreza se hereda tanto como la riqueza: una verdad que oculta en su simplicidad muchas mentiras.

Siguiendo con el tema de la decadencia, Chaves Nogales sitúa la decadencia de todo un estado, y no solo de sus clases sociales, a comienzos de la Segunda Guerra Mundial en *La decadencia de Francia*, libro con momentos muy luminosos pero parcialmente equivocado por estar

basado en experiencias muy recientes y difíciles de asimilar. Chaves Nogales ve con sus propios ojos el desorden y la inoperancia del ejército francés, así como la indiferencia y hasta la frivolidad de los parisinos ante la guerra (*drôle de guerre*, la llamaban). Chaves Nogales tiene razón al subrayar esos hechos, pero no busca las causas. Tras la Gran Guerra, Europa estaba más que harta de conflictos bélicos, y nadie quería embarcarse en contiendas tan descomunales que sólo podían conducir a la quiebra de Europa como gran potencia económica y cultural. Nadie en Europa quería una nueva guerra, y tampoco la querían los alemanes, pero el régimen de Hitler llevaba años abonando el terreno para una nueva contienda, gracias a la propaganda y a la puesta en marcha de una descomunal industria bélica. Ese proceso de fomentar el odio y crear la falsa necesidad de asumir la batalla no había sido llevado a cabo en Inglaterra y Francia. Sencillamente los franceses no acababan de creer que una vez más estuviesen en guerra con los alemanes, y tendían a apartar los ojos de la pesadilla que se avecinaba. El Estado no les había preparado para combatir. ¿Por causa de su decadencia? No, por Dios. Se trataba de un proceso psicológico tan natural como la vida y la muerte. No es que la cultura francesa avanzase hacia el derrumbe, simplemente le costaba regresar al infierno, como les costaba a los alemanes hasta que la guerra relámpago no dio sus primeros frutos.

Ahora estamos viviendo un período de revisión sobre el comportamiento de los parisinos en la ocupación, sobre su complacencia con los alemanes y sobre su escaso espíritu combativo en tiempos tan humillantes y tan difíciles. ¡Como si fuese algo nuevo! Cuando era estudiante en París, muchos viejos me decían que “la famosa Resistencia era solo un mito y que la vida durante la ocupación estaba envenenada pero se dejaba vivir”. Lo que ahora proclaman los periódicos circulaba como una verdad en voz baja durante mis años universitarios en el barrio Latino. Y no otra cosa viene a decir Pauline Dreyfus en su novela *Son cosas que pasan*, donde asistimos al despliegue de los movimientos de la aristocracia en la costa Azul y en París desde que

comienza la guerra hasta su final. Como dice Pauline Dreyfus en la primera parte de su relato,

“Las mujeres mundanas descubrieron en la guerra una nueva distracción. Se ofrecieron a ella con entusiasmo, recordando la desenfadada elegancia que exhibían sus madres en el 14, cuando, tocadas, como monjas, se consagraron a la Cruz Roja. La caridad, como es sabido, resiste todos los estamentos. Pero la guerra no quiso de ellas: en Francia había enfermeras esperando heridos que no llegaban. Ni qué decir tiene que se sintieron humilladas. Poco faltó para que acusaran al estado mayor de incompetencia supina. Los velos blancos, los maletines de primeros auxilios, las frases de consuelo volvieron, ay, intactos a sus armarios. Inútiles. Al final concluyeron que en aquella guerra, distinta a las demás, el enemigo no era el alemán sino el aburrimiento.”

Pauline Dreyfus retoma el tema de la aristocracia casi donde lo dejó Proust. En los años cuarenta, las alianzas de la nobleza (que pone los títulos) y la burguesía (que pone el dinero) son ya una tradición que lleva más de medio siglo funcionando. No es de extrañar que la protagonista, morfinómana, mundana, y a su modo revolucionaria, se entere en plena contienda de que su verdadero padre es un burgués judío, que fue amante de su madre cuando los ricos veraneaban en la Normandía de Proust. Sus sueños de pertenecer a la más rancia aristocracia se quiebran cuando se entera de que el que pasaba por ser su “noble” padre no es su padre, y de que la mitad de su sangre es hebrea, circunstancia que la conducirá a identificarse con los judíos y a mirarlos de otra manera.

A lo largo de 164 apretadas páginas, que a veces evocan el estilo lírico, desengañado y cortante de Djuna Barnes, observamos cómo también la nobleza ha sido un sistema abierto a las fuentes de las que emana el dinero, y que le ha permitido sobrevivir hasta nuestros días. Todavía en los años cuarenta los nobles campeaban a sus anchas en los grandes bulevares y en las playas de Cannes, algo molestos por los

---

contratiempos domésticos vinculados a la guerra, siempre dispuestos a subrayar diferencias cada vez más difusas con la burguesía, y siempre decididos a convertir el aburrimiento en una obra de arte a punto de caer en la comedia bufa.

A su manera, Pauline Dreyfus no deja títere con cabeza, y hace una autopsia del antisemitismo francés, a veces oculto, a veces manifiesto, que se torna más que evidente en la nobleza de rancia cuna, cuyos más avispados representantes se alejan de los judíos y ensalzan a Pétain mientras dura la guerra, para más tarde vindicar sus alianzas con las grandes familias judías, a fin de salvar el pellejo en el período de terror revanchista que sucedió al armisticio, y que con tanta precisión quirúrgica (no reñida con su deseo de ocultar incómodas contradicciones personales) plasmó Marguerite Duras en su novela *El dolor*.

Solo cabe añadir que Pauline Dreyfus recrea admirablemente bien una época sombría (con la que los franceses han tenido siempre demasiados problemas porque pone en cuestionamiento todo su sistema político y moral) en una novela especialmente diseñada para sumergirnos en las trastiendas de la guerra cuando, según la autora, “todas las mujeres estaban disponibles, los casinos no cerraban en toda la noche, y los escotes nunca se habían parecido tanto a invitaciones abiertas.”

La novela comienza con el impagable entierro de la protagonista (la princesa Natalie de Lusignan) y concluye con su muerte. Mientras agoniza, Natalie comprende que la frivolidad es una disciplina muy dura que abrasa con fuego frío los músculos de la voluntad, y deja caer la jeringa venenosa como Hamlet deja caer la copa de la muerte. En ese momento Natalie piensa que la vida pasa demasiado deprisa, con su ración de dicha y su ración de dolor. Un final shakesperiano que cierra con broche de oro esta magnífica narración plasmada en un estilo más poderoso que el de Modiano. 🍷

---

JESÚS FERRERO ES ESCRITOR. AUTOR DE *BÉLVER YIN*, *AMADOR*, *LAS TRECE ROSAS*, *EL HIJO DE BRIAN JONES*, *DOCTOR ZIBELIUS* Y *LAS NOCHES ROJAS* (POESÍA).